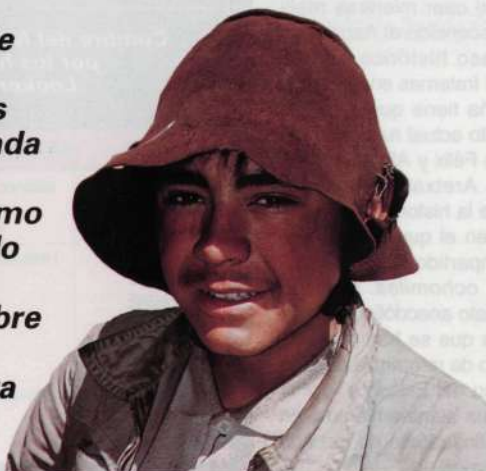


EL ULTIMO SEISMIL

NEVADO LAVADERO

Antonio Beorchia Nigris

DONDE hablamos de *travesías a caballo; de pastores y rebaños trashumantes; de altas vegas andinas; de una cueva habitada hace siglos por los antiguos indígenas americanos; de cómo descubrimos el mayor nevado de la cordillera de Colangüil, aún inescalado hasta diciembre de 1994; de cómo en fin concluimos con esta aventura nuestras cuatro décadas de andinismo.*



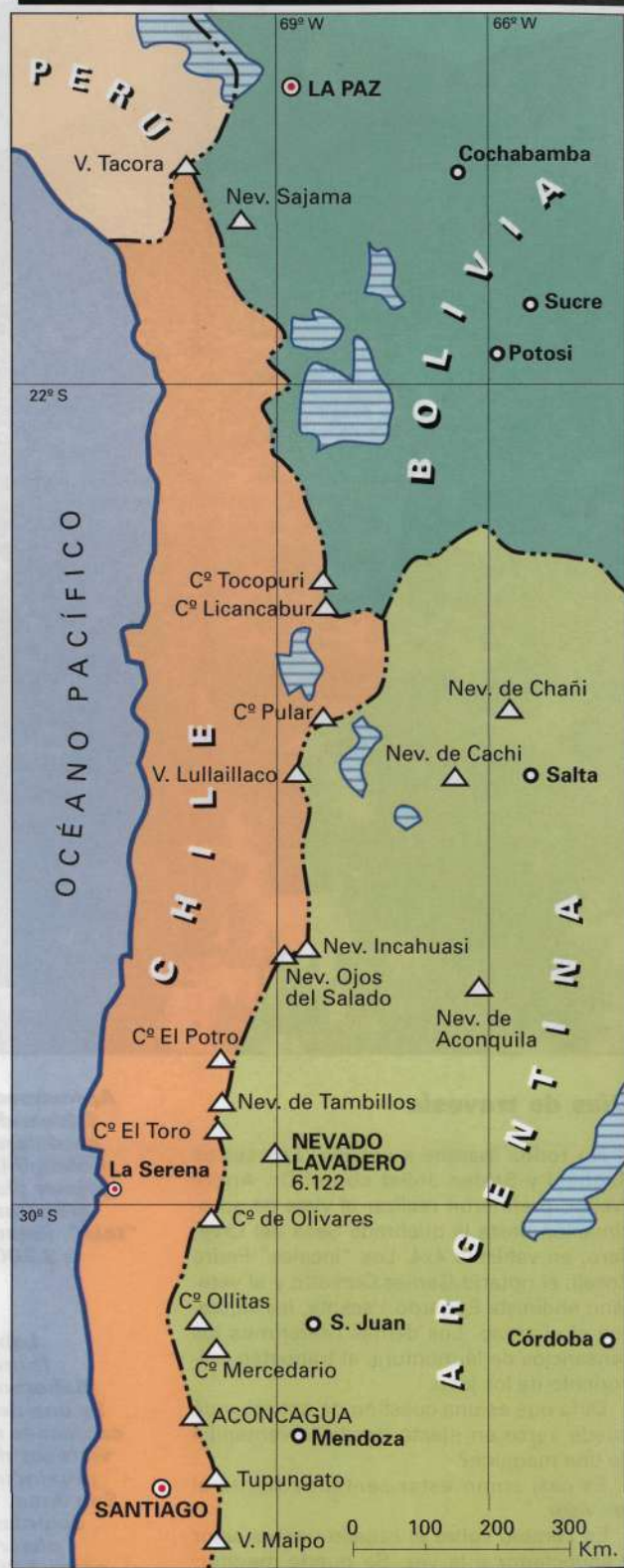
Un nevado esquivo

Resulta asombroso que en plena era espacial, después de 50 años de andinismo sanjuanino y de innumerables expediciones geológicas y mineras, pasara desapercibida la cuarta cordillera más alta de la provincia de San Juan, sólo superada por el macizo del Mercedario, la cordillera de Olivares y el cerro El Toro. Es más, hasta diciembre de 1994 ni siquiera tenía nombre su cima principal, ni la señalaba el monumental mapa al 200.000 de Catastro, como tampoco las viejas cartas del I.G.M. al 500.000.

**Mario Vega (15),
pastor de ovejas en
Las Opeñas, a 3.300 m.**



LOCALIZACION DEL NEVADO LAVADERO



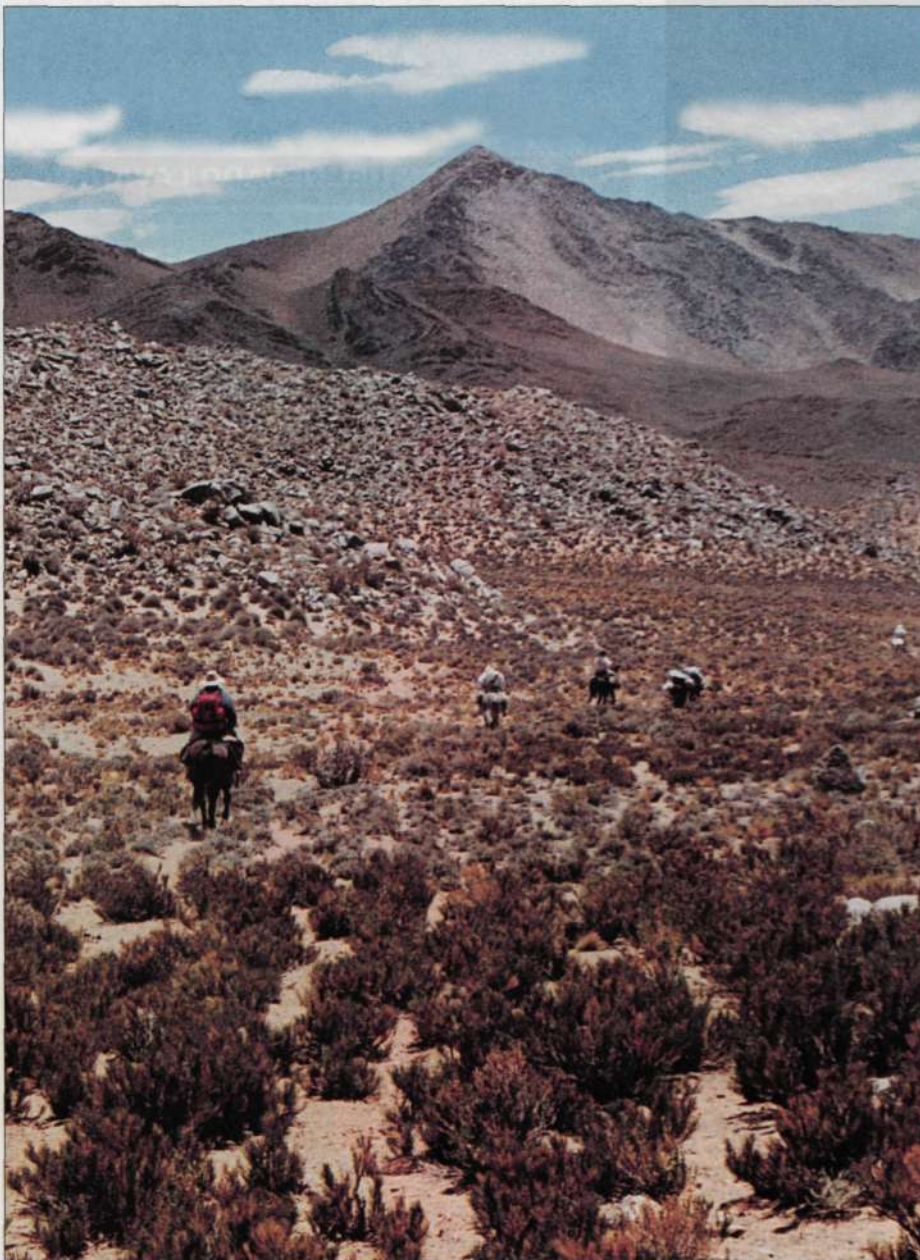
Ultimas veguitas a 4.300 m., junto a los primeros penitentes. El Nevado Lavadero (6.122 m.) al fondo, derecha.

Su descubrimiento fue casi casual. Durante los trabajos de confección de 19 mapas departamentales para un atlas geográfico de la provincia de San Juan (Argentina) encargados por el matutino local DIARIO DE CUYO, los técnicos del Instituto de Fotogrametría y Catastro de la Universidad Nacional de San Juan (basándose en la plancheta del I.G.M. n.º 2969-27, "Junta de San Guillermo", edición 1987) señalaban en la cordillera de Colangüil un nevado sin nombre de 6.122 metros, ubicado sobre las coordenadas 29° 36' Sur y 69° 28' Oeste.

En principio supusimos que se trataba de un error, pero después de cotejos y arduas discusiones, convinimos que efectivamente esa gran montaña debía de existir. Sin embargo aún no estaba visualizada sobre el terreno.

Fue entonces cuando DIARIO DE CUYO solventó un periplo explorativo al valle del Cura y Llanos de San Guillermo, con el fin de documentar fotográficamente la cordillera de Colangüil desde su vertiente occidental y oriental. También fue en esa oportunidad cuando pude ubicar con exactitud al misterioso nevado.

Neate J. "Mountaineering in the Andes" (1994)



Días de travesía

No todos íbamos a caballo. Los suizos Raphael y Stefan Joliat con el Dr. André Weber, prefirieron realizar el viaje de aproximación hasta la quebrada Seca del Lavadero, en vehículo 4x4. Los "locales" Pedro Rosell, el notario Gomez Crovetto y el veterano andinista Edgardo Yacante, les siguieron el ejemplo. Los demás preferimos los cansancios de la montura, al traqueteo polvoriento de los jeep.

Diría que es una cuestión de óptica: ¿qué puede verse en efecto desde la ventanilla de una máquina?

Es casi como estar sentados frente al televisor.

En cambio sobre el caballo uno es actor y espectador a la vez. Se puede meditar, admirar, elaborar ideas...

Aproximación faldeando la cordillera de Colangüil. En primer plano, arbustos de "tola". Estamos a 3.200 m.

Lobivia formosa (Soherensia) Es una de las cactáceas más vistosas de la provincia de San Juan. Sus colonias se observan entre 2.000 y 2.800 m. aprox.



Observas, hueles, percibes, mientras la brisa de la alturas te acaricia, o te abraza el Zonda en las travesías; el crudo cierzo te penetra en las rodillas como una daga helada, o te agarrota los dedos que sostienen las riendas.

El caballo es un amigo: uno aprende a conocerlo, a amar el vaho agrio de su sudor, a aceptar sus limitaciones y hasta sus cambios de humor.

Cuando amanece, después de haber dormido al raso, la primera mirada de todos es hacia la vega, para saber si las bestias comieron bastante o si alguna se fugó a pesar de las maneas.

Sigue luego el fogón, las rondas del mate, el embastar, el ensillar, cinchar... y otra vez continúa el viaje por cuestras, portezuelos y quebradas, hasta el nuevo atardecer.

Por algo muchos europeos aman tanto nuestras cordilleras sanjuaninas. Porque aquí todo es virgen, nuevo e inmenso.

Porque la vista espacia hacia el infinito sin tropiezos y nadie prohíbe el paso, el encender un fuego o levantar campamento donde uno quiera.

Por llanos y quebradas

De Colangüil a Las Casitas fueron tres horas de marcha a campo traviesa, para seguir arroyo arriba hasta Los Puentes y alojar en Tres Cruces, donde en 1992 nos sorprendió un aguacero como no habíamos soportado en años.

Al día siguiente remontamos la quebrada del Pantanito hasta una altura de 3.400 m., avanzando entre matas de bio-bio, cachiuyo, ajeno, topasaire, muña-muña, bailahuen, y, más arriba, extensiones de tola.

Sobre las laderas calcáreas destacaban algunas colonias de una magnífica cactácea del género "soherencia", que alcanza casi la altura de un hombre, cuando vieja.

Estas cactáceas – y perdonen la disgresión – en noviembre exhiben las flores más

vistas jamás vistas, con colores brillantes que fluctúan entre el amarillo oro, el rosado y el anaranjado intenso. Los frutos, que alcanzan el tamaño de un higo chumbo, son dulces, aromáticos y agradables al paladar, a pesar de la infinidad de semillitas que posee la pulpa.

Sigamos. Desde la quebrada del Pantanito pasamos a la de La Cortadera y de Los Saltitos; atravesamos luego el llano Bramador, para descender al arroyo Salado, donde comimos algo en el puesto del finado Agustín, hoy sin gente.

Es un rancho nomás, de pirca baja, sombreado por una media enramada junto a una cortadera que cabe el arroyo.

Desde el puesto de Agustín traslomos al arroyo Tres Quebradas, para remontar la quebrada de Pedro y bajar a Las Opeñas, siempre por terreno fragoso, teniendo a la vista – hacia el poniente – al gran nevado de Calinga (6.020 m.).

Durante la larga jornada sólo vimos una tropita de guanacos y algunos rastros de ñandú. Cuando al fin nos aprestamos a acampar, amenazaba lluvia.

El domingo 11 de diciembre amaneció espléndido. La verdísima gran vega de Las Opeñas se veía talada al ras por los rebaños de ovejas y cabras que los vecinos del departamento Iglesia confían anualmente a pastores rentados, los seis meses de veranada.

Los rebaños trashuman desde los campos de Malimán y Colangüil hasta las altas vegas cordilleranas, mientras los pastores fabrican quesos a la par que cobran un dólar mensual por cabeza de ganado menor.

Inter tanto, los dueños de tales vastedades, sin recorrer jamás las tierras por ellos pretendidas a fuer de antiguas mercedes, intrincadas herencias, dudosas escrituras y polémicas mensuras, transcurren la vida altercando entre sí...

A la sazón hallamos – aguas abajo de la vega de Las Opeñas – un hato de 1.200 ovejas y cabras, a cargo de don Luis Aladino (vecino de Tudcum), secundado por el joven Mario Vega, de 15 años de edad.

Desde Las Opeñas pasamos a Los Lajones – donde hay una vega con un puesto vacío – y, siempre avanzando en sesgo, llegamos a Las Aguaditas, donde manan tres mini-nacederos cuyas aguas drenan a sendas pozas. Es agua impotable. La altitud del lugar ronda los 3.200 metros.

Más tarde traslomos un portezuelo a 3.340 m., desde donde espaciando la vista



Lobivia formosa (Soherensia), primer día de marcha, a 2.500 m. Crece sobre laderas calcáreas.

hacia los llanos, conseguimos divisar junto al arroyo de Las Piedritas los dos puntitos oscuros, apenas perceptibles, de los vehículos con el resto de los expedicionarios.

Una vez bajados hasta el llano de Los Médanos, cruzamos entre un numeroso rebaño de ovejas, a la sazón cuidadas por Ramón Paredes, vecino de Malimán.

En el atardecer nuboso, truenos lejanos seguidos por gruesos goterones, presagiaban tormenta.

Planes para el ascenso

El proyecto de ascensión era el siguiente: los tres suizos irían en vehículo hasta la mina del Fierro, para "barrer" desde el Norte todas las cumbres de la cordillera de Colangüil hasta la principal, en busca de posibles testimonios arqueológicos de época incaica.

Los restantes cruzaríamos al arroyo Lavadero para encarar el nevado desde su flanco Noreste, donde – según viejas mentas – debían de existir unos antiguos montículos de leña de origen indígena.

El campamento base lo instalamos a la vera del arroyo Lavadero, junto a unas pirca indígenas y a una veguita pastosa, que facilitaría forraje durante varios días a la

caballada. Desde allí, mirando hacia lo alto, podíamos distinguir las cumbres de nuestro nevado asomar por sobre los filos y crestas de los anteceros.

Los colores cálidos del entorno sumados a la delicada floración de muchas plantas de altura (adesmias, calceolarias, delicadas calandrinias, amarillis escarlata, bignonáceas, magníficas iridáceas, solanáceas de flor casi negra, con otras muchas) y el misterioso gorgoteo del arroyo, en conjunto conferían a la zona una especial sensación de hogar.

Una vez instaladas las carpas y aparejado un precario depósito para los víveres, nos ubicamos al interior de la pirca-cocina para festejar el momento con unos mates.

En total formábamos un grupo heterogéneo de 12 personas (ya apunté que los tres suizos habían viajado a la mina del Fierro), entre jóvenes, veteranos, locales, extranjeros, baqueanos y ayudantes, cada uno vestido a su manera, desde el clásico atuendo gaucho al refinado equipo europeo de alta montaña. Y, ¡qué buenos amigos! No tuvimos un solo roce, a pesar de las acaloradas discusiones que inevitablemente

surgieron sobre los itinerarios a seguir.

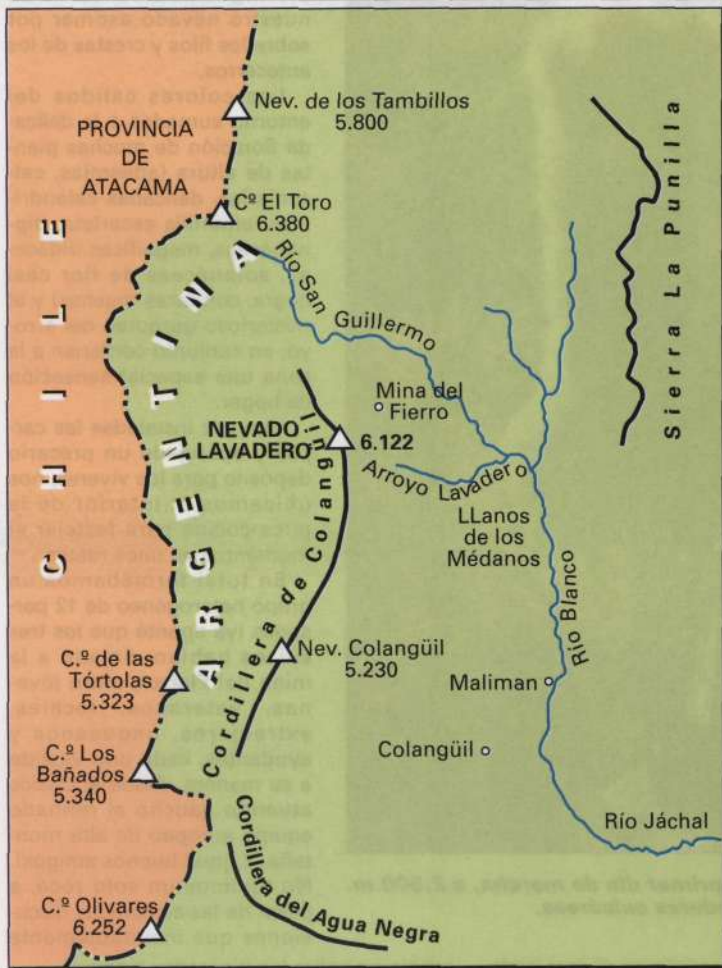
Aparecen restos indígenas muy antiguos

Cuando al día siguiente rumbeamos arroyo arriba, descubrimos a dos horas de marcha del campamento y a 3.900 m. de altura, un "caserón", es decir una cueva natural, ubicada a la base de unos roquedales de areniscas coloradas, distante una treintena de metros del curso de agua y casi oculto por un extenso monte de acerillos.

Varias lascas líticas nos hicieron sospechar que el sitio debió de ser usado como refugio por nuestros indios. A confirmar este supuesto estaba el techo del "caserón" cubierto por una espesa capa de hollín, a tramos ya desprendido, que evidenciaba un asentamiento antiguo y prolongado en el tiempo.

A su vez el relleno aluvial que cubre el interior de la cueva hasta una altura cercana al techo – impidiendo actualmente su uso como refugio – debió de necesitar muchos siglos hasta alcanza su actual espesor por encima del piso original. De donde surge que el hollín es antiguo, no producto de fogones de arrieros.

CORDILLERA DE COLANGÜIL



15 dic. 1994. Campamento a 5.100 m. La cumbre principal del Nevado Lavadero (6.122 m.) ocupa el centro-arriba de la imagen.

instalado un primer campamento a 4.800 m. Pero las características del terreno, conformado por acarrees muy meteorizados y de bastante pendiente, no ofreció un lugar plano hasta por encima de los 5.000 m., donde recién llegamos al anochecer. Aun allí no había espacio para dos carpas juntas, de manera que nos vimos forzados a separarnos un buen trecho.

Por último, dadas las considerables medidas del "caserón" (8 metros de frente por 6 de profundidad), me hace pensar que esa cueva cobijó en su momento varias personas a la vez, que fueron probablemente cazadores o pastores de llamas (la elevada altura de 3.900 m. impide todo cultivo en esa zona). Más no se puede agregar hasta tanto no se realicen sistemáticas excavaciones.

Arroyo arriba los achaparrados manchones de acerillo dejaron su lugar a diminutas vegas, a los alfombrados "oxalis" y a las matas lanosas de los "senecios"; más alto aún aparecieron los primeros penitentes junto a las últimas poposas (es una composta con aspecto de pompón algodónoso, del género "Chaethanthera").

Los baqueanos descargaron nuestros equipos junto a unos pedrejones a casi 4.500 m. de altura, junto a unos hilos de agua que más abajo formaban el arroyo Lavadero.

Créanme: resultó traumático pasar de la condición de jinetes al de acémilas sobre dos pies...

Allí mismo dejamos parte de los víveres con dos carpas, pensando que regresaríamos por ellos esa misma tarde, una vez



Sisyrinchium macrocarpum. Es una iridácea que prospera entre los 2.000 y 2.500 m.

Una lenta ascensión por el nevero

Después de una noche insomne, caracterizada por los consabidos ahogos y taquicardias, Marziano Meggiorin con Mario Muñoz decidieron bajar hacia zonas menos agresivas.

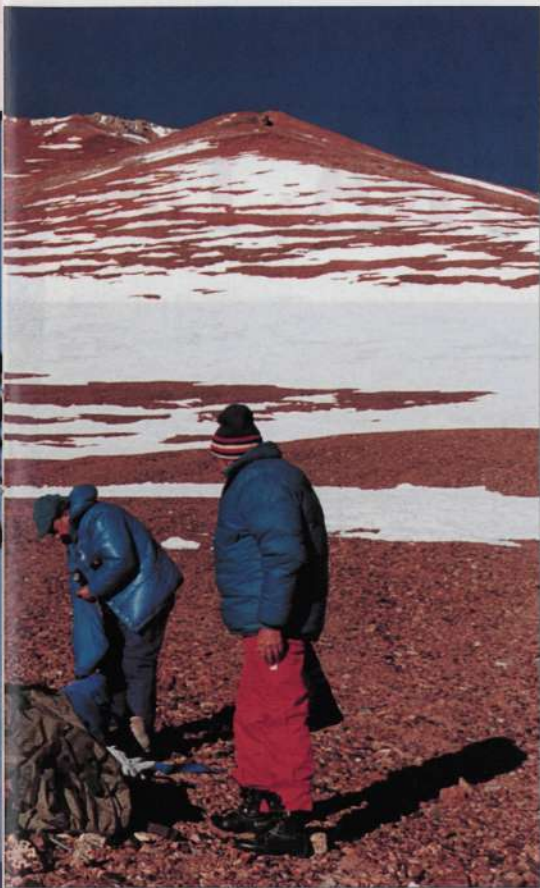
Por mi parte me reuní con Toni Mastella-ro, el Dr. Franco Cremonese, Pedro Rosell y Humberto Campodónico, que habían acampado a media hora de marcha de nuestra carpa.

Eran las 7 de la mañana; un mar de nubes se extendía abajo, cubriendo los valles, mientras hacia lo alto un sol frío y rojizo coloreaba apenas los altos neveros.

Encontré a los cuatro hombres listos para iniciar el ascenso, a pesar del plan primitivo de utilizar el día para reforzar el campamento con los víveres y equipos dejados abajo el día anterior.

Es que el tiempo se mantenía bueno, pero con excesiva humedad ambiente, lo cual podía significar un brusco cambio de las condiciones atmosféricas.

Calzamos así los grampones de 12 puntas, y a paso lento encaramos un suave



ventisquero que conducía hacia las mismas cimas del nevado.

Posee esa gran montaña una serie de neveros que cubren parcialmente su ladera oriental, cuya pendiente media no supera los 30° de inclinación. Las nieves tampoco presentan grietas notables y, puesto que a esa altura los penitentes recién se insinuaban, resultaba agradable trepar sobre ellos. En resumen, se trata de una montaña que

no ofrece dificultades técnicas para el andinista.

Las puntas aceradas de los grampones mordían la nieve con un chirrido de bisagra oxidada. Los bastones de esquí – que hoy sustituyen a los antiguos y pesados bastones andinos – servían a la vez para ayudarnos en el avance o de apoyo en los minutos de descanso.

Con el paso de las horas el sol empezó a ablandar el nevero obligándonos a salir hacia un filo rocoso.

A mediodía consulté el altímetro para calcular el ritmo del avance: recién estábamos a 5.500 m., lo cual significaba que en 4 horas habíamos superado algo más de 400 metros, es decir cien metros a la hora, contra los trescientos que acostumbrábamos a superar a esas alturas, en los buenos tiempos.

A ese ritmo necesitaríamos otras siete horas hasta alcanzar la cumbre, donde necesariamente deberíamos vivaquear. Es verdad que nos sentíamos en forma, pero los años que cargábamos en la mochila y el pensamiento de un buen vino junto al fogón del campo base, nos decidieron a dejar a los más jóvenes la satisfacción de la victoria.

Teníamos en efecto planeado – con Mastellarón y Cremonese – despedirnos sobre el Lavadero de las grandes ascensiones, para concluir en belleza cuatro décadas de andinistas.

Pero el buen Dios había dispuesto otra cosa.

Allá arriba

Esa misma tarde (día jueves 15 de diciembre de 1994) DIARIO DE CUYO holló

por primera vez en la historia del andinismo, la cumbre del nevado Lavadero, de 6.122 metros de altura.

Según relataron Pedro Rosell y Humberto Campodónico, la montaña posee dos cimas bien definidas, distanciadas entre sí una hora de marcha, con una depresión entre ambas de unos cien metros de desnivel. A su vez, varios lomos secundarios rodean las dos cumbres principales, hasta conformar un dilatado y suave filo.

A la cima secundaria los dos andinistas le impusieron el nombre de "Cima Kelo", en honor a un veterano alpinista y explorador de las cordilleras sanjuaninas.

Los dos hombres patrullaron toda la zona sin observar rastro de la presencia incaica. Tampoco vieron los mentados montículos de leña antigua sobre las laderas.

El descenso lo efectuaron tres filos al norte del de subida, atravesando neveros y acarrees.

Dos días más tarde los suizos André Weber y Stefan Joliat, también arribaron a la cumbre principal del Lavadero, subiendo desde la lejana mina del Fierro. Su demora se debió a un accidente sufrido por Raphael Joliat quien, a causa de un esguince, desgarró los ligamentos de un tobillo. Su evacuación hasta la mina y el posterior nuevo ascenso, demandaron los dos días suplementarios apuntados.

En cuanto al topónimo "Lavadero", se debe al arroyo del mismo nombre, cuyas aguas fueron utilizadas por alguna parcialidad indígena – tal vez los incas – para lavar el mineral aurífero en su confluencia con el actual río de La Palca.

DATOS DE INTERÉS

A la empresa concurren:

– Desde Suiza, los hermanos Raphael y Stefan Joliat (28 y 27) con el Dr. André Weber (36).

– Desde Italia llegaron los veteranos alpinistas del Club Alpino de Padua, Dr. Franco Cremonese (54), Toni Mastellaró (59), y Marziano Meggiorin (54).

– Representando a DIARIO DE CUYO estuvimos: el guía del Aconcagua Pedro Rosell (30), el andinista del club Andino Mercedario, Humberto Campodónico (27) y, del Centro de Investigaciones Arqueológicas de Alta Montaña, el Prof. Mario Muñoz (40), con el autor de estas líneas, Antonio Beorchia Nigris (60).

– En calidad de baqueanos fueron contratados: don Justo Pastor Oviedo (55), don Anibal Vega (63), y Carmelo Martínez (27).

– El notario Luis Gomez Crevetto (59) con Edgardo Yacante (61) se desempeñaron en la función de apoyo logístico.

Los equipos generales consistieron en dos vehículos 4x4, una camioneta simple tracción, carpas, albardas, monturas y otros elementos.

Fueron alquilados 14 animales de silla y de carga.

El costo global de la expedición, sin contabilizar los pasajes aéreos ni la estadía en la ciudad de San Juan, ascendió a 4.700 dólares.



Fotos del autor

Campamento Base sobre el arroyo Lavadero a 3.400 m. De izquierda a derecha: Mario Muñoz, los baqueanos Carmelo Martínez, Justo Pastor Oviedo y Anibal Vega; el Dr. Franco Cremonese, Antonio Beorchia Nigris, Humberto Campodónico, Antonio Mastellaró, Pedro Rosell y Marziano Meggiorin.